la asistencia divina: porque la copia de aquel precioso metal mas fomenta el vicio que favorece la virtud.

Effodiuntur opes, irritamenta malorum.

Este parece fue el pensamiento de los antiguos, quando fingieron que Pluto, Deidad infernal, fue el primer descubridor de las minas de oro, y plata. A lo qual, si añadimos que Posidonio, citado por Paseracio, dice que este Dios infernal tiene constituido su domicilio en los Lugares subterráneos de España, se encuentra una alusion ajustadísima al supuesto hecho, de que solo en España hay esta casta de hombres, que en virtud de influxo diabólico descubren las minas.

27 Pero valga la verdad. Primero se ha de probar el hecho de que hay verdaderos Zahories, que se condenen por hechiceros los que se jactan de serlo. Pueden ser Zahories, y pueden ser unos meros embusteros: y como, suponiendo que para lo primero sea necesario pacto diabólico, y éste es un delito mucho mas grave que la patraña de fingirse Zahories sin serlo, nos debemos inclinar à creer antes esto que aquello por la regla del Derecho que dicta que en las materias dudosas se aplique siempre el juicio à la parte mas benigna: *Semper in dubiis benigniora præferenda sunt.*

28 A esta razon de equidad natural se agrega la de la experiencia. No tengo noticia de alguno que efectivamente haya descubierto tesoros; pero sí de uno, ù otro que estafaron à algunos simples codiciosos, esperanzándolos de que se los manifestarian, y dexándolos despues burlados.

29 Para engañar en esta materia à gente demasiado crédula, no es menester mas artificio que el comun de qualquiera tunante, gesto eficáz, y mysterioso; ir dando à pausas la noticia, como que la arranca la fuerza del ruego; encargar mucho sigilo, &c. Pero quando se trata con personas de alguna advertencia, contribuye à la persuasion hacer primero la experiencia de manifestar adónde hay cauces de agua ocultos, los quales se conocen por al-

algunas señas naturales, como por los vapores que se ven elevar del terreno antes de salir el Sol: la produccion espontánea de juncos, sauces, y cañas. Tambien para conocer dónde hay venas metálicas dan los Naturalistas algunas señales, de las quales, si son verdaderas, el que estuviere instruido podrá pasar por Zahorí por Mar, y por Tierra.

MILAGROS SUPUESTOS.

DISCURSO SEXTO.

§. I.

1 A Margamente se queja el doctísimo, y gloriosísimo Mártyr de Christo Tomás Moro en el Prólogo al Diálogo de Luciano, intitulado el *incrédulo*, que traduxo de Griego en Latin, del perjuicio que la fabulosa multiplicacion de milagros hace à la Iglesia. Justísimamente llora lo que el infiel malignamente rie. Los milagros verdaderos son la mas fuerte comprobacion de la verdad de nuestra Santa Fe; pero los milagros fingidos sirven de pretexto à los infieles para no creer los verdaderos. Los que entre ellos son mas sagaces tienen justificada la suposicion de algunos prodigios que corren entre nosotros: con esto hacen creer al Pueblo rudo que quanto se dice de milagros de la Iglesia Católica es embuste, y falsedad. Asi la obstinacion se aumenta, el error triunfa, y la verdad padece.

2 En la Ciudad de la Coruña no ha muchos años corrieron en el Pueblo, y aun se predicaron en el púlpito dos milagros, de cuya falsedad, además de muchos de los nuestros, fue testigo ocular Guillelmo Salter, Inglés, y Consul entonces por su Nacion en aquel Puerto. El uno era

era la cura milagrosa de una pobre muger, que no habia sido milagrosa, sino natural, y muy facil, y la habia costeado en la forma regular con Médico, y Cirujano el mismo Guillelmo Salter. La otra ficcion aun era mas ruborosa para nosotros, porque para suponer el milagro se le imponia al Salter una fea falsedad en el trato, de que era su genio muy ageno. Cónstame este hecho por la relacion de un Religioso grave, docto, y exemplar, natural del mismo Lugar de la Coruña. Guillelmo Salter volvió despues à Inglaterra. Considérese qué concepto haria el comun del vulgo de los decantados milagros de la Iglesia Católica, oyéndole à aquel hombre referir estos sucesos.

3 En dar, ò suspender el asenso à los milagros caben dos extremos, ambos viciosos, la credulidad nimia, y la incredulidad proterva. No creer milagro alguno, fuera de los que constan de la Sagrada Escritura, es reprehensible dureza: creer todos los que acredita el rumor del vulgo, es liviandad demasiada. Plutarco, con ser Gentil, conoció los riesgos de uno, y otro extremo, apuntando que el uno se roza con la impiedad, y el otro declina à la supersticion: *Multa item, quæ accepimus ex nostræ memoriæ hominibus, habemus referre miranda, qnæ non contemnas facilè. Cæterum fidem is adhibere, vel detrahere, nimiam, anceps sit, humanam ob imbecillitatem, quæ nullis certis, circunscripta Cancellis est, neque sui compos; sed recedit modò in superstitionem, & vanitatem; modò in Deorum neglectum, & fastidium* (*in Camillo*). Los milagros de que hablaba Plutarco, eran parte ilusion diabólica, parte invencion de la vanidad Gentílica. Asi, el medio que él buscaba solo se puede hallar en los que profesamos la Religion Católica.

4 Escribió pocos años ha el Abad de Comanville, Autor Francés, y piadoso, las vidas de los Santos contenidos en el Martyrologio Romano en quatro Tomos, sin referir milagro alguno, fuera de los que constan de la Sagrada Escritura. No es laudable, ni al cuerpo mysti-

co

co de la Iglesia puede ser util tan severa parsimonia. Dice San Agustin (*a*), y debemos creerlo asi, que no solo se hicieron milagros para que creyese el Mundo, mas se hacen tambien despues que cree. Pero entre los Católicos es tan raro en esta materia el obstinado disenso, como freqüente la vana credulidad. Si fuesen verdaderos todos los milagros que corren en el vulgo, justamente pudiera ser notada de pródiga la Omnipotencia. Ni se queda esta extravagancia solo en los vulgares; tambien se ha comunicado por via de contagio à los doctos. Fervorosamente declama el Ilustrísimo, y Sapientísimo Melchor Cano (*b*) contra las muchas fábulas que se hallan en varios libros de vidas de Santos. Suyo es aquel ardiente suspiro: *Dolenter hoc dico, potius quàm contumeliosè, multo à Laercio severiùs vitas Philosophorum scriptas, quàm à Christianis vitas Sanctorum: longeque incorruptiùs, & integriùs Suetonium res Cæsarum exposuisse, quàm exposuerunt Catholici, non res dico Imperatorum, sed Martyrum, Virginum, & Confesorum.*

5 En todos tiempos hubo algo de este abuso en la Iglesia. En su mismo nacimiento se vieron las Actas apócryfas de San Pablo, y Santa Tecla, y segun refiere Tertuliano, fue depuesto un Presbytero de la Asia, que confesó haberlas compuesto por el amor grande que profesaba al Apostol. ¡Ojalá hoy se aplicára la misma, ò igual pena à qualquiera Escritor que delinquiese con devocion tan desordenada! La precaucion que en el segundo, y tercer siglo se tomó de señalar Notarios que escribiesen puras, y sinceras las Actas de los Mártyres, no bastó à evitar el abuso; pues en el quinto proscribió el Papa Gelasio en un Concilio que juntó en Roma de setenta Obispos, muchas historias de Santos por apócryfas.

(*a*) *De Civit. Dei, lib. 22. cap. 8.*
(*b*) *Lib. 11. de Locis Theologicis, cap. 5.*

§. II.

6 NO es inconveniente pensar que algunas veces influyen en los que escriben las vidas de los Héroes del Cielo las pasiones mismas de que suelen moverse los que publican las gloriosas acciones de los ilustres del siglo: ya un amor desordenado, producido por parcialidad nacional, ù otro algun parentesco: ya el interés de hacer historia mas bien leída, poniendo cebo à la curiosidad en lo prodigioso de la narracion; ya el deseo de sacar brillante el escrito con la reflexîon de las falsas luces que se añaden al objeto.

7 No ha muchos siglos que en cierta Provincia de la Christiandad predicaba un venerable varon, y de espíritu verdaderamente apostólico, pero de quien en vida no se decia cosa especial acerca de Profecías y milagros. Luego que murió aquel santo hombre, uno de los que habian asistido á sus misiones dió à la estampa su vida llena de predicciones, y prodigios sin mas exâmen auténtico que el que bastó à satisfacer su piedad poco ordenada; y lo que es mas, circunstanciados los sucesos con la designacion de Lugares, y personas. Qualquiera que en los siglos venideros leyere aquellas actas, considerando que el Autor fue coetáneo de este hombre venerable, y que escribió dentro de la misma Provincia, que fue trato de su predicacion, no dudará darlas entero crédito. ¿Quién pensará que hubo audacia en un Escritor para referir inumerables prodigios delante de millares de testigos, que podian darle, ò con la falsedad, ò con la incertidumbre en los ojos? Sin embargo él lo hizo, ò por el afecto ciego que profesaba à aquel varon apostólico, ò por dexar su nombre en el mundo.

§. III.

8 PEro el mas comun origen de estas narraciones fabulosas es el vano aprecio que hacen los Escritores de qualesquiera rumores vulgares. Defecto es este, que

que el Ilustrísimo Cano en el lugar citado observó haber caído tal vez en sugetos, no solo de santidad notoria, mas tambien de eminente doctrina; pero asi como es rarísimo en hombres de este tamaño, es freqüente en los de inferior estatura. Cree el docto lo que finge el vulgo, y despues el vulgo cree lo que el docto escribe: hacen las noticias viciadas en el cuerpo político una circulacion semejante à la que forman los humores viciosos en el cuerpo humano: pues como en éste, à la cabeza, que es trono de la razon, se los subministra en vapores el vulgo inferior de los demás miembros, y despues à los demás miembros para su daño se los comunica condensados la cabeza; asi en aquel las especies vagas, vapores de la ínfima plebe, ascienden à los doctos, que son la cabeza del cuerpo civil, y quaxándose alli en un escrito, baxan despues autorizadas al vulgo, donde éste recibe, como doctrina agena, el error que fue parto suyo.

9 Es el vulgo, hablando con propiedad, patria de las quimeras. No hay monstruo que en el caos confuso de sus idéas no halle semilla para nacer, y alimento para durar. El sueño de un individuo facilmente se hace delirio de toda una region. Sobre el eco de una voz mal entendida se fabríca en breve tiempo una historia portentosa. Alhágale, no lo verdadero, sino lo admirable; y llegó tal vez su propension à creer prodigios à la extravagancia de atribuir milagros à los irracionales. Referiré á este intento una historia harto graciosa, que se halla en las Memorias de Trevoux (*a*).

10 Un señor Francés, natural del Condado de Auverna en tiempo de Ludovico Pio, habia salido à caza, dexando en casa un infante, único hijo suyo, al cuidado de la ama que le daba leche, y de otras dos, ò tres mugeres. Estas, aprovechándose de la ausencia de su amo, salieron à pasear, quedando el niño sin otra custodia que un valiente perro llamado Ganelon echado junto à la cuna,

(*a*) *Año* 1714. *tom.* 1. *art.*24.

na. Ya se habian apartado de la casa buen trecho, quando los terribles ahullidos que oyeron dar à Ganelon las hicieron bolver solícitas, por saber qué accidente irritaba la cólera del generoso bruto. Fue el caso, que una espantosa serpiente, saliendo de un lago que ceñia el edificio, à la ayuda de una anciana yedra que llegaba à los balcones, habia subido à la sala donde estaba el tierno infante, y acudiendo à su defensa Ganelon, la lid fue tan reñida como la de Juba, y Petreyo, que quedaron ambos muertos en el combate. En efecto, las mugeres quando llegaron hallaron tendidos sobre el pavimento, palpitando con las últimas agonías, mutuamente vencedores, y vencidos los dos brutos. Sabidor el dueño del suceso, y reconocido al servicio que el perro le habia hecho en guardarle su mas preciosa alhaja, hizo labrar un vistoso sepulcro junto à una fuente, donde enterró su cadaver.

11 Esta historia, aunque entendida entonces de toda la Provincia, en el discurso de uno, ù dos siglos se fue olvidando, de modo que solo quedó la noticia de ser aquel el sepulcro de Ganelon, sin saber quien fuese Ganelon, ni en individuo, ni en especie. La experiencia, ò la imaginacion de algunos empezó à acreditar de saludables para algunas enfermedades las aguas de la fuente vecina al sepulcro. No fue menester mas para aprehender el vulgo milagrosa aquella virtud; infiriendo al mismo tiempo que el sepulcro que se decia de Ganelon, lo era de un hombre santo, que habia tenido este nombre, y por cuyos méritos Dios habia comunicado aquella sobrenatural virtud à la vecina fuente. Fortificada esta imaginacion con el comun asenso, se levantó en el mismo lugar una Capilla con la advocacion de San Ganelon, donde por mucho tiempo acudieron los Pueblos vecinos con votos, y ofrendas à implorar socorro à sus necesidades; hasta que un sábio, y zeloso Obispo, empeñándose, como debia, en averiguar el origen de esta devocion, despues de mucho trabajo, al fin halló la historia que acabamos de referir, en un antiguo papel que se conservaba en el Archivo de el Pa-

Palacio, que habia sido teatro del combate entre el perro, y la serpiente.

§. IV.

12 RAra vez (yo lo confieso) llevará à tan peligrosos precipicios la ligereza del vulgo en soñar milagros; pero siempre tiene el gravísimo inconveniente de desautorizarse el menor número de los verdaderos con la inmensa multitud de los fingidos. Por esto me parece harian un considerable servicio à Dios, y à su Iglesia los Prelados Eclesiásticos ocurriendo con fervoroso zelo à este abuso; y aun quando constase que de intento se fingen milagros (como sucede no pocas veces por varios motivos), hasta el Magistrado Secular deberia proceder contra el autor del embuste, siendo de su fuero, con severas penas.

13 Digna juzgo de ser imitada, y aplaudida la rectitud de un Corregidor de la Villa de Agreda en caso semejante. Habia dexado la Venerable Madre Maria de Jesus un pequeño Crucifixo, alhaja de su pobre Celda, para memoria al Presbytero Don Francisco Coronél, sobrino suyo. Una vieja, criada de este Sacerdote, habiendo discurrido que podia resultarla alguna utilidad, si hiciese espectable aquella Imagen por milagrosa, esparció por el Pueblo (haciéndoselo tambien creer à su propio amo) que à tiempos sudaba sangre. De hecho, habiendo concurrido muchos diferentes veces à verla, reconocieron algo teñido de sangre el rostro, y aunque no de modo que pudiese ser sudada, ya por estár la Imagen en sitio algo sombrío, ya porque en materia de milagros la piedad vulgar ve mucho mas con la imaginacion, que con los ojos: ya porque la notoria sobresaliente virtud del antecedente dueño de aquella alhaja ayudaba de su parte à conciliar el asenso, todo el Pueblo consintió en que era verdad lo que la vieja habia esparcido. Fue notable la conmocion de todos, nobles, y plebeyos. Hubo rogativas, procesiones, votos, limosnas. Solo un Escribano, hombre advertido, y sagáz, sospechó algun latente engaño en el

el que todos los demás juzgaban indubitable prodigio. Para averiguarlo halló modo de quedarse escondido de noche en la misma quadra, donde estaba el Crucifixo, y alli vió como la vieja, despues de recogido el amo, iba al sitio, y sacándose sangre de las narices, teñia con ella, segun la porcion que la parecia, el rostro de la Imagen. Sobre el cimiento de esta noticia se llegó à hacer jurídica informacion del caso, y de como la vieja ya teñia, ya lavaba la Imagen como juzgaba à propósito; y el Corregidor, hombre de piedad sólida, hizo dar doscientos azotes à la vieja, que fueron tan bien merecidos, como quantos hasta ahora se dieron en las calles públicas. Refirióme este suceso el Padre Maestro Fray Miguél Ximenez Barranco de mi Religion, natural del mismo Lugar de Agreda, y que se hallaba en él à la sazon.

14 Otro caso muy semejante al pasado refiere el doctísimo Maestro Franciscano Fray Pedro de Alba, de un Herege Holandés, que simulándose Católico, con tales apariencias fingió que habiéndole disparado de noche una pistola, se habian quedado las balas hechas pasta en un Escapulario del Carmen, que traía al pecho, que se celebró con aplausos comunes el milagro. Pero excitándose despues no sé qué sospecha, è instando algunos zelosos en que se hiciese averiguacion, llegó el caso de poner aquel pérfido en la tortura, donde confesó que todo habia sido invencion suya à fin de referir el suceso despues à los de su creencia, persuadiéndolos con este exemplo que todos los milagros que se celebran en la Iglesia Católica son de este jaez, y moviéndolos à hacer irrision de nuestra credulidad. Fue castigado severamente; y de este modo sirvió para confusion de los Hereges el mismo suceso que, à no haber sido exâminado, diera materia al rubor de los Católicos.

15 Confieso que no puedo tolerar que à expensas de la piedad se haga capa al embuste. No tiene bien asentada la fe quien piensa que las verdades divinas necesitan del socorro de invenciones humanas. Qualquiera fábula por-

portentosa que se derrame en el vulgo, halla presto patronos aun fuera de los vulgares, debaxo del pretexto que se debe dexar al Pueblo en su buena fe. Eso solo debe tener cabimiento quando no se puede aclarar la verdad, porque en caso de duda se debe amparar la posesion; mas siempre que se pueda descubrir, es justo perseguir la mentira en qualquiera parte que se halle, y mucho mas quando se acoge à sagrado, pues solo entra en él para profanar el Templo. No estoy bien con los críticos audaces, puestos siempre sobre las armas contra monumentos, ò tradiciones que han autorizado los siglos. Siempre me alistaré de parte de la multitud, quando se funde solo en falibles conjeturas la opinion de un particular; pero habiendo pruebas constantes contra el comun asenso, degenera de racional quien no se rinde: porque contra la verdad no hay perscripcion. No esperemos à que la enemiga de los Hereges descubra lo que erró la falsa piedad de algunos Católicos. Seamos nosotros los delatores de la impostura antes que nuestros contrarios nos den con ella en los ojos, haciendo guerra à nuestras verdades con nuestras ficciones. Por este camino hizo Erasmo, enemigo escondido, y mas artificioso que Lutero, mucho daño à la Iglesia. Mientras éste impugnaba las verdades de la fe, aquel descubria las fábulas de la historia. Dice el Ilustrísimo Cano que Erasmo refutó diligentísima, y rectísimamente muchos prodigios fabulosos, estampados en varios libros: *Hujus generis sunt alia multa, quæ & diligentissimè, & rectissimè Erasmus refutavit.* Subscribo en quanto à la diligencia, no en quanto à la rectitud. Usó Erasmo de la crítica con exceso, y en mala ocasion. En aquel tiempo, y en aquellas regiones, donde se predicaban doctrinas nuevas los que cavaban en la Historia Eclesiástica para descubrir fábulas, eran minadores ocultos contra los dogmas, porque la errada lógica del vulgo arguía de lo uno para lo otro (*a*).

§. V.

(*a*) Donde decimos que la *mentira que se acoge à sagrado solo entra en él para profanar el Templo*, entienda el Lector lo que significa esto,

§. V.

16 MUY diferente efecto hizo la inmensa aplicacion del piadosísimo Cesar Baronio, à purgar en sus Anales de noticias apócryfas la Iglesia. Vió el Mundo, y ve ahora en la alta estimacion con que recibió la misma Iglesia aquella grande obra, que aunque entre nosotros se inventan, y se admiten algunas fábulas, no es el espíritu de la Iglesia Romana quien las fomenta, antes quien las impugna, mirándolas como humores excrementicios de este mystico cuerpo, à cuya expulsion aplica Médicos sabios, ya en uno, ya en otro siglo. Veese esto mas claro en el rigor con que se exâminan los milagros quando se trata de la Canonizacion de algun Santo. El P. Dobanton, en la vida de S. Francisco de Regis que imprimió en París en el año de 1716, dice que de cerca de cien milagros que fueron propuestos à la Sagrada Congregacion para la Canonizacion de un Santo del último siglo, solo fue aprobado uno, y la Canonizacion se suspendió hasta que Dios fue servido de obrar otros por su intercesion.

17 Fueron muchos los Historiadores Eclesiásticos que no solo trasladaron sin discrecion, y exâmen quanto hallaron escrito, mas tambien ingirieron freqüentemente en sus libros rumores vulgares, cuentos de viejas, y delirios de ancianos. No me atreviera yo à decirlo, si no lo hubiera dicho antes el mismo sapientísimo Cardenal que acabo de nombrar: *Quod si posteriores rerum ecclesiasticarum historicos consulas, magnam profectò eorum esse classem intelliges, qui absque delectu quæcumque, vel ab aliis scripta ad manus eorum venerint, vel levi auditu perceperint, conscripserunt, & absque alia altiori veritatis indagine, sæpè aniles fabulas, senum deliramenta, vulgi rumores non sine magna cæterarum rerum solida firmitate subsistentium præjudicio intexuerunt* (a).

to, expuesto llana, y sencillamente; y es, que fingir milagros, ò milagro alguno, es pecado mortal de aquella especie de supersticion que consiste en dar à Dios un culto indebido, ù desordenado. Esta es doctrina constante de los Teólogos, aunque escusan à los mas de pecado grave, en consideracion de su ignorancia, ò simpleza. Pero, ¡oh quántos preciados de discretos, y aun de doctos, caen en este gravísimo absurdo!

18 El daño que esta ligereza de los Escritores trae, es el que el mismo Baronio apunta, el perjuicio que hace à la verdad la ficcion, *non sine magna cæterarum rerum solida firmitate subsistentium præjudicio*: porque la multitud de narraciones fabulosas freqüentemente hace desconfiar de las verdaderas. Es un daño éste terrible para la Iglesia, exclama el Ilustrísimo Cano: *Ecclesiæ igitur Christi hi vehementer incommodant, qui res Divorum præclarè gestas non se putant egregiè expositurus, nisi eas fictis, & revelationibus, & miraculis adornarint* (b).

19 No dudo de la piadosa intencion con que muchos de estos Escritores querrian fortificar à los Fieles en la creencia de las verdades católicas, encenderlos al culto, y devocion de los Santos, excitarlos à afectos de gratitud à las piedades divinas; pero debieran escuchar aquella vehemente reprehension de Job, que con ellos habla, ò por lo menos con los primeros autores de esas ficciones piadosas, que despues se estampan en los libros, ò se predican en los púlpitos: *Numquid Deus indiget vestro mendacio, ut pro illo loquamini dolos?* Superabundantemente ministra motivos la verdad para hacer quanto conviene al servicio de Dios, y à nuestra salud, sin que le ayude la ficcion: *Sine mendacio consummabitur verbum legis.* (Eclesiast. 34.)

§. VI.

20 EL caracter de la religion verdadera es estar confirmada con milagros verdaderos; y Dios ha obrado tantos à este fin, quantos bastan à convencer la mas obstinada incredulidad. Los milagros falsos son indiferentes à todas religiones, ò por mejor decir son mas propios de las falsas; y asi se debieran prohibir como espe-

(a) *Tom. I in Præfat.*
(b) *Lib. II de Locis Theol. cap. 6.*

pecies de contrabando entre los Católicos. Los antiguos Idólatras abundaron mucho de ficciones prodigiosas. Basta ver à Tito Livio, Escritor sin duda admirable, discreto, veráz, y crítico en el grado mas eminente, pero crédulo en materia de prodigios à los rumores vulgares que halló depositados en la memoria de los hombres; y asi juntó tantos en su historia, que casi pueden disputar el número à los sucesos verdaderos. Solo en aquel punto de tiempo en que Anibal por la cumbre del Apenino llevaba aquel nublado de huestes, que habia de llover sangre en las campañas, fingió el pavor, ò vanidad de los Romanos tan pródigo el Cielo en portentos, como si toda la naturaleza debiese commoverse à gemir la afliccion de Roma. En un lugar de Italia se decia que los escudos de los Soldados habian sudado sangre: en otro, que encendiéndose espontáneamente las armas, se habian reducido à cenizas: en otro, que habian aparecido dos Lunas: en otro, que habian caído del Cielo piedras encendidas: en otro, que habian manado sangre las fuentes: en otro, que se habia visto hender el Cielo, asomándose una terrible llama por la cisura: en otro, que se habia observado batallando la Luna con el Sol: en otro, que habia sudado la estatua de Marte: en otro, que algunos brutos habian mudado recíprocamente de sexô. Y tuvieron los Autores de estos cuentos audacia para ratificarse dentro de la Curia Romana; con que autorizados con el exâmen de los Padres Conscriptos, pasaron sin tropiezo à las plumas de los Historiadores. Si todos estos prodigios hubiesen sido verdaderos, sin razon inferiria el Areopagita aquella gran conseqüencia del eclypse universal que acaeció en el tiempo de nuestra Redencion, debiendo saber que mayores demostraciones de dolor habia hecho el Cielo en otro caso, y no por tanto motivo. Y es muy de notar que la expedicion de Anibal mucho mas funesta fue para Cartágo, que para Roma. A Roma ocasionó un transitorio ahogo, y à Cartágo su total ruina. Con todo eso, habiendo amenazado el Cielo con

con tantos prodigios à Roma, ni uno solo hubo que predixese la ruina de Cartágo. Donde se ve que toda aquella cáfila de milagros fue un agregado de embustes (*a*).

21 Ciceron se burla en esta materia de la credulidad de los Romanos, sin perdonar aun à la gravedad de los Senadores. Asi dice (*b*): *Sanguinem pluisse, Senatui nuntiatum est: Atratum fluvium fluxisse sanguine: Deorum sudasse simulachra. Num censes his nuntiis Thalem, aut Anaxagoram, aut quemcumque Physicum crediturum fuisse?*

22 Algunos Escritores Romanos atribuyen al Emperador Vespasiano tres curas milagrosas. La primera, como lo refiere Suetonio, pasó de este modo. Habiendo entrado el Emperador (que à la sazon se hallaba en Alexandría) en el Templo de Sérapis, un tal Basílides, que habia mucho tiempo estaba baldado de sus miembros, pa-

(*a*) Teodoro Beza, usando de su Teología Calvinista, decia que era lícito defender la fe con artificios, mentiras, y engaños: *Licitum esse fucis fraudibusque, ac mendaciis Fidem tueri.* Doctrina propia de un Herege, pero que verifica con el hecho lo que decimos en este número: que los milagros falsos, aunque indiferentes à todas las Religiones, son mas propios de las falsas que de la verdadera. Lo que llamaba *fe* Beza no era fe, sino el complexo de errores de su maldita secta. Dexemos, pues, à los Hereges que los defiendan, ò confirmen con embustes; guardándonos nosotros de defender la verdad sino con la verdad. Tenemos certeza indisputable de muchos milagros verdaderos, que aseguran la infalibilidad de nuestra santa Fe Católica. ¿Para qué acudir à patrañas, ò milagros dudosos? El milagro de la sangre del glorioso Martyr San Januario basta para convencer à todo racional. Podria dar noticia de algunos otros; pero me contentaré con darla de uno casi continuado que hoy exîste, ò por lo menos poco ha exîstia. Un Monge Benedictino del gran Monasterio de San Dionisio de París pasa todos los años todo el Adviento, y Quaresma sin mas alimento que el que celebrando el santo sacrificio de la Misa percibe de las especies sacramentales. Refieren este prodigio los Autores de las Memorias de Trevoux el año de 1726. tom. 2. art. 45. como sabido de todo París. Las circunstancias del tiempo, y de la especie de alimento no dan lugar à atribuirlo à causa natural. *Mirabilis Deus in Sanctis suis!*

(*b*) *Lib. 2. de Divinat.*